

H. C. Andersen.

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

# Andersen: el artista total

por Pilar Lorenzo\*



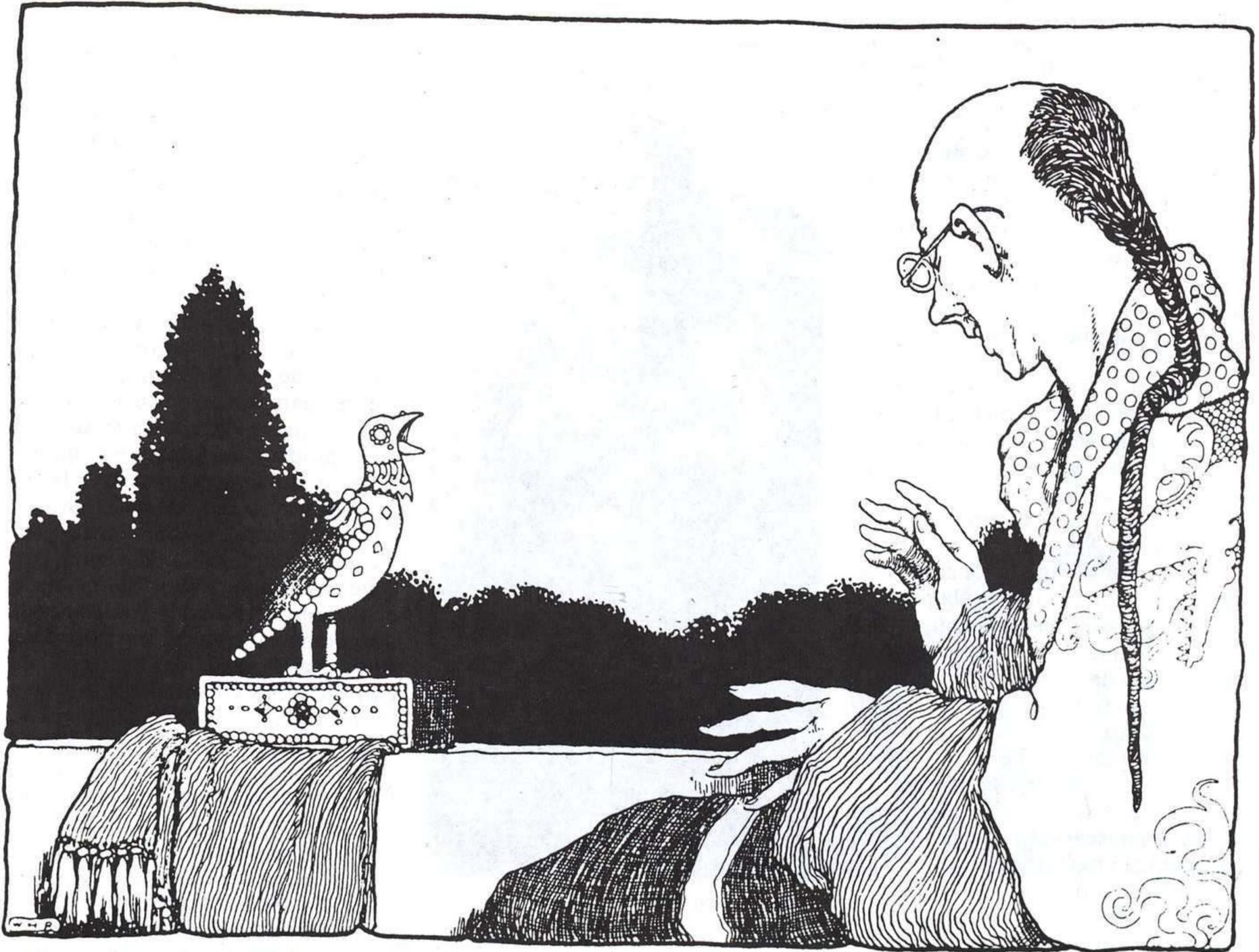
INFORMACIONES DANESAS, COPENHAGUE; MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES, 1975.

Andersen en 1960, fotografía de Franz v. Hanfstaengel, Munich.

*A partir de este año se han abierto en Copenhague las puertas de la que fuera la casa de Andersen durante los últimos años de su vida. Concebida como museo y centro cultural, esta iniciativa viene a saldar la gran deuda pendiente de la capital danesa con el autor de Odense. Las líneas que siguen nos acercan a la presencia viva de Andersen en su país natal.*

¿No te parece que los cuentos de Andersen son formidables? Estoy seguro de que también dibujaba.

Carta de Vincent Van Gogh a su hermano Theo, 1882.



WILLIAM HEATH ROBINSON, FAIRY TALES FROM HANS ANDERSEN, LONDRES: PAVILION, 1992.

Los turistas que visitan Copenhague en este año de 1992 se encuentran con una novedad: unos autobuses pequeños, de color amarillo, especialmente pensados para llevarlos a visitar los lugares de mayor interés turístico de la ciudad. Desde hace algunos meses uno de los lugares obligados es la casa de Andersen, en el céntrico barrio mariner de Nyhavn.

La casa es un museo y centro cultural dedicado a la memoria del escritor, que se ha abierto en el edificio contiguo al que éste habitara en la úl-

tima etapa de su vida. Como museo no presenta mucho más interés que la reproducción de la habitación desde donde Andersen contemplaba el tráfico de los barcos que entraban y salían del puerto de Copenhague. Lo importante son las actividades que se desarrollan a diario en el centro, como lectura de los famosos cuentos del escritor, recitales de sus canciones, entrañables para todo danés, además de exposiciones relacionadas con su obra. A los más pequeños se les ofrece además la posibilidad de moverse en el mundo de los personajes crea-

dos por Andersen, lo que incluye el privilegio de echarse una siestecita sobre los siete colchones de aquella princesa a la que, por ser tan princesa, un diminuto guisante no dejó conciliar el sueño.

Con esta casa de Andersen, Copenhague viene a saldar una cuenta pendiente con el escritor de Odense, que vivió en la capital la mayor parte de su vida. Aunque sus huellas son visibles en muchos otros lugares de la ciudad, y muy especialmente en su símbolo más universal, que es esa sirenita abandonada en una roca al borde del

# HANS CHRISTIAN ANDERSEN

agua, cuya soledad se ve turbada de continuo por los miles de visitantes de todas partes del mundo.

Copenhague, como toda Dinamarca, gusta de presentarse al mundo bajo el signo risueño y fabuloso de las fantasías de Andersen. Por eso los autobuses amarillos del circuito turístico van adornados con motivos de otra de las maravillosas expresiones artísticas del autor de los cuentos, como son sus siluetas y recortables en papel.

En su culto al gran fabulador, la capital de Dinamarca pretende quizá competir con la ciudad natal del escritor, Odense, centro de peregrinación de los andersianos, por ser allí donde se encuentra su verdadero santuario: la casa-museo de Andersen.

La casa se levanta en la calle donde, según la tradición, vio la primera luz el humilde hijo del zapatero y la lavandera, que acabaría siendo el mayor orgullo de su patria. Muchos hubiesen preferido que el museo se hubiera abierto en la casa que el mismo Andersen consideraba suya, en una calle cercana, que es donde el escritor creció y de donde salió a los 14 años a buscar en la capital el espacio propicio para desarrollar su ingenio. Pero el sitio elegido para el museo fue el otro, cuando se inauguró en 1905, con motivo de cumplirse el centenario del nacimiento del autor.

## Un museo importante

Lo que entonces no fue sino una modesta colección con un par de manuscritos originales, unas cuantas cartas y algunos recuerdos más legados por Andersen, es hoy un museo importante, donde se reúnen todas las ediciones de su obra en la mayor parte de los idiomas del mundo, así como la cuantiosa literatura escrita sobre el escritor más universal de Dinamarca.

La idea de la colección de objetos que se exhiben en la casa-museo es la de mostrar la relación que hay entre la asombrosa vida y la fabulosa obra



Andersen en 1862.

del escritor, haciendo un recorrido por las diversas etapas de su biografía. El recorrido empieza con su partida de Odense, en la adolescencia, y nos lleva hasta la culminación de su gloria en los últimos años, que la ciudad de Odense también marcó con un homenaje a Andersen como ciudadano de honor e hijo predilecto de la villa. Siguiendo esta concepción general del museo, el edificio fue ampliado en 1930 con una bóveda decorada con unos vistosos frescos del pintor Niels Larsen Stevns, que ilustran la vida del autor.

Entre los diversos recuerdos de la vida de Andersen (a veces tan sentimentales como la carta de un amor

imposible, que llevó siempre colgada al cuello en una bolsita de cuero, o tan reveladores de las debilidades de su personalidad como esa larga soga que transportaba en todos sus viajes para ponerse a salvo en caso de incendio), pueden verse también en el museo numerosos dibujos a lápiz y plumilla ejecutados por el inigualable narrador de cuentos. Aunque sería más propio decir que podían verse, pues lo cierto es que una de estas mañanas el museo amaneció con la triste sorpresa de un robo en que había desaparecido, además de manuscritos de cuentos como *La sirenita*, precisamente gran parte de la producción gráfica del autor.

Aunque el valor de esta pérdida sea en primer lugar sentimental, como expresión que son los dibujos de la compleja personalidad del escritor, no debe pasarse por alto el interés que la obra gráfica de Andersen tiene en sí misma. Si en un principio sus dibujos fueron considerados más bien una curiosidad, hoy los críticos cada vez se ocupan más de ese Andersen casi desconocido que es el Andersen dibujante, y hay hasta quien afirma que hubiera sido el ilustrador ideal de sus propios cuentos.

Y es que, aunque lo que haya pasado a la historia sean sus cuentos, el autor de Odense tardó mucho tiempo en dar con esta forma ideal por la que canalizar el torrente de inspiración que llevaba dentro. Cuando el hijo del humilde zapatero se despidió de su madre para ir a buscar fortuna en la capital, no era escritor lo que pretendía ser, o por lo menos no sólo eso. Él lo que tuvo claro desde muy niño es que había nacido para algo grande y que un día demostraría al mundo que era un bello cisne y no un patito feo. A veces imaginaba incluso que aquéllos no eran sus verdaderos padres y que él provenía en secreto de muy alta cuna.

Pero la inclinación artística le venía en realidad de padre y abuelo artesanos, dotados para algo más que para el desempeño de su modesto oficio. El

INFORMACIONES DANESAS, COPENHAGUE; MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES, 1975.

abuelo tallaba en madera animales de fábula que regalaba a los niños, y el padre construía los juguetes más prodigiosos para el pequeño Hans Christian. Entre ellos un teatro de guiñol que tenía embelesado al niño, y en el que el futuro escritor podía dar rienda suelta a su imaginación. Padre e hijo juntos ideaban historias y personajes, diseñaban decorados y un riquísimo vestuario para los muñecos. Andersen mostraba ya desde pequeño tal destreza con las tijeras, que su madre tenía pensado que fuera sastre. Los sueños del muchacho, sin embargo, iban mucho más lejos.

El teatro le fascinaba precisamente porque era el compendio de todas las artes para las que él se consideraba con aptitudes. Tenía una bonita voz, entretenía a las visitas recitando composiciones propias y ajenas, y hasta soñaba con bailar, a pesar de lo desgarbado de su figura. Y fue para probar fortuna en el teatro y el ballet por lo que decidió abandonar Odense a los 14 años y marcharse solo a la capital.

### Sueños de actor frustrado

Pero las cosas no iban a ser tan fáciles como él imaginaba. La triste verdad es que fracasó en todos sus intentos y tuvo que ir aceptando que no era aquello para lo que verdaderamente servía. Dejó el canto, el baile, sus sueños de actor, pero no abandonó otras artes menores, a través de las cuales podía dar vida a las figuraciones que llevaba dentro.

Uno de sus mayores entretenimientos, durante toda la vida, fue, por eso, recortar figuras en papel, demostrando en ello una habilidad que sencillamente no tiene igual. Lo hacía aparentemente sin pretensión alguna, con la excusa de complacer a los niños de las muchas casas donde era invitado asiduo, pero ponía en juego al hacerlo toda su creatividad, de forma que resultaban verdaderas maravillas.

Tenía algunos motivos que gustaba



Andersen, contador de cuentos.

repetir en sus recortables y que a veces son los mismos motivos de sus cuentos. Le gustaban las bailarinas como la del *Soldadito de Plomo*, también de papel, con la pierna tan levantada que casi se pierde de vista. En sus recortables Andersen las coloca en un solitario nido de cigüeña, uno de sus animales favoritos, lejos del mundo y cerca del cielo. Entre la nutrida galería de personajes de pantomima que pueblan la filigrana de sus recortables de papel, los hay tan singulares como la figura del ahorcado con un corazón en la mano, que se repite una y otra vez y que no es sino la imagen de Amor, que recibe su castigo como ladrón de corazones.

El autor mismo se ha retratado en alguno de sus cuentos como el mago de las tijeras, que hace las delicias de los niños: «Él sí que era simpático —dice la pequeña protagonista de *Las flores de Ida*—, se sabía las historias más fantásticas y recortaba unas figuras preciosísimas: corazones con señoritas bailando, flores y grandes palacios con puertas que se abrían...».

Naturalmente, los niños no eran sólo una excusa para Andersen. Aunque la imagen que se pueda tener del autor de los cuentos como personaje bondadoso, rodeado de pequeños que escuchan embobados su lectura, no corresponda del todo a la realidad —entre otras cosas porque sus cuen-

# HANS CHRISTIAN ANDERSEN

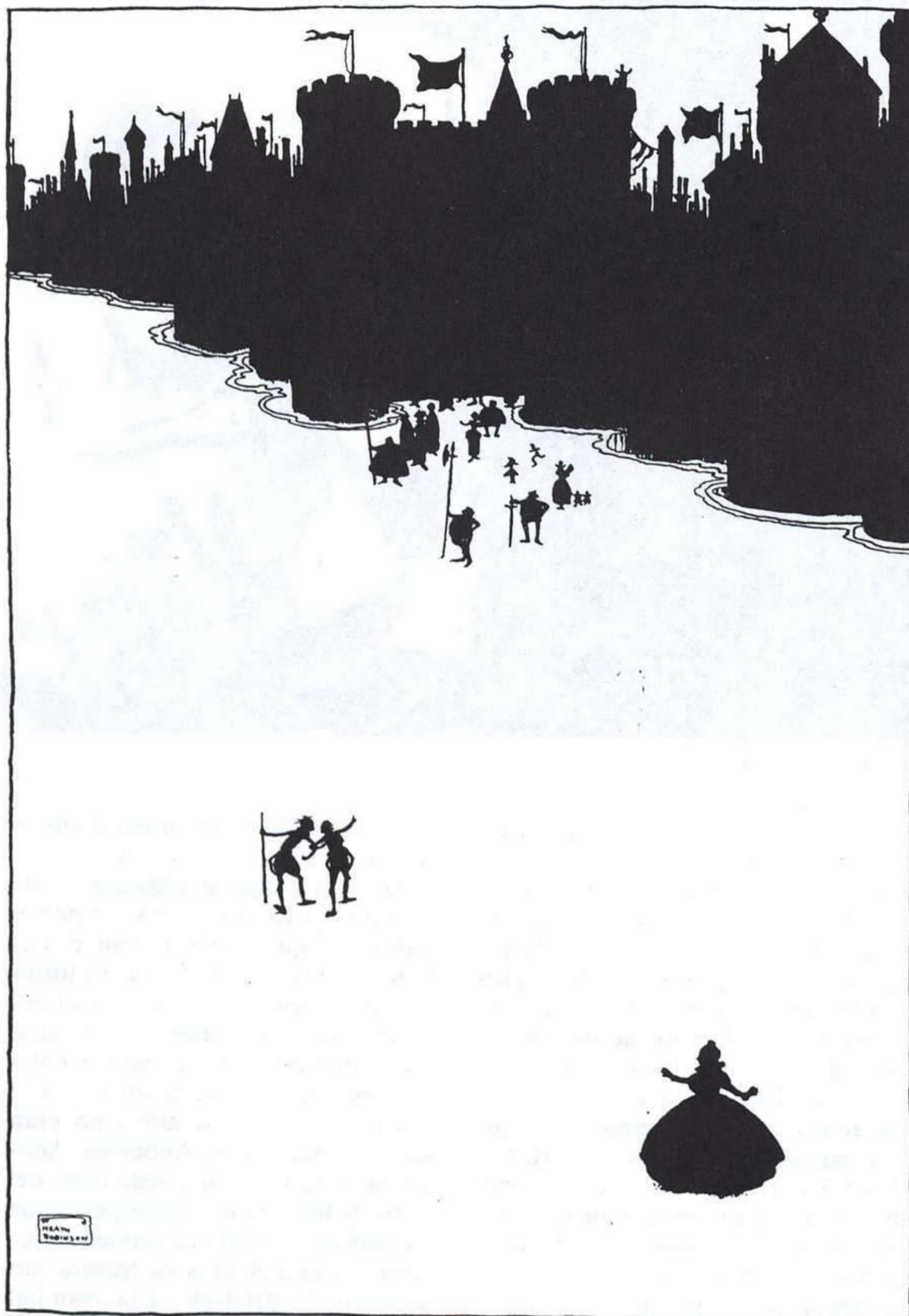
tos no están destinados sólo a los niños—, lo cierto es que el escritor sintió siempre que los niños le entendían mejor y que sabían apreciar también estas otras expresiones artísticas suyas que los mayores consideraban puro juego.

Así aprovechaba, por ejemplo, cualquier ocasión para regalar a hijos de amigos libros originalísimos que él mismo fabricaba aprovechando todo lo que pasaba por sus manos: recortes de periódico, fotografías, estampas, programas de teatro, con los que

componía toda clase de historias, intercalando entre tan variopinto material siluetas y dibujos suyos allí donde era necesario para dar un sentido al conjunto. Una serie de estos cuadernos, dedicada a la niña Agnete Lind, la titula Andersen *Libro de estampas del padrino*. En la dedicatoria se leen estas líneas, que nos hablan de las muchas aficiones del autor: «El padrino sabía contar historias, muchas y muy largas, sabía recortar figuras y hacer dibujos, y por Navidad sacaba un cuaderno de hojas blancas y pegaba estampas de libros y periódicos, y si no bastaban para la historia que quería contar, las dibujaba él».

Los dibujos fueron efectivamente otra de las cosas que empezó a hacer jugando con los niños. Entre los objetos robados del museo de Odense se encuentran dos cuadernos de dibujos, en su mayoría a lápiz, hechos por el autor para Otto Zink, un niño de seis años, el pequeño de la casa donde Andersen estuvo yendo a comer todos los jueves durante los años 1830-1833.

El escritor estaba invitado varias veces a la semana en casa de diferentes personalidades de la burguesía de Copenhague, que en parte se compadecían de su soledad y en parte encontraban interesante la compañía de Andersen. Éste se sentía tremendamente halagado por su trato con tan distinguidas familias, pero los enormes complejos sociales que arrastró toda su vida hacían que experimentara al mismo tiempo cierta incomodidad en esas ocasiones. Buscaba entonces refugio en los niños de la casa, entreteniéndolos y obsequiándolos como muestra de agradecimiento a sus padres. Así fueron surgiendo también estos dibujos para el pequeño Otto, que seguramente servirían para ilustrar historias que el escritor le contaba. Los dibujos son una expresión muy interesante del mundo interior de éste. Algunos parecen viajes a través de las fantasías que luego poblarían sus cuentos: flores con cabeza humana,



WILLIAM HEATH ROBINSON, FAIRY TALES FROM HANS ANDERSEN, LONDRES: PAVILION, 1992.

brujas que se dirigen al aquelarre, seres prodigiosos que parecen sacados de un cuadro de El Bosco. Otros pueden interpretarse como expresión de la soledad del artista creador ante la angustia que le produce ese torrente de imaginación que lleva dentro, desbordándose en todas direcciones y sin hallar forma definitiva en qué emplearse.

Ése debía ser precisamente el estado de ánimo del escritor por aquellos años. Su vocación ya entonces la tenía clara, pero lo que escribía no acababa de ser satisfactorio. Se le achacaba sobre todo un subjetivismo y sentimentalismo excesivos, una incapacidad de salir de las nebulosas de su propio mundo interior y dar forma a una creación objetiva.

### Viaje a Italia

Por eso fue definitivo para la vida y la obra entera de Andersen el viaje de estudios que hizo a Italia en 1833. La inspiración que de allí sacó le hizo encontrar la forma definitiva de su arte, y la prueba es que un año después de su regreso a Dinamarca publicaba su primera colección de cuentos. Lo curioso es que esa inspiración le llega al escritor a través de la gran cantidad de dibujos que hace durante todo el viaje.

En Italia, Hans Christian Andersen descubre la realidad con ojos de pintor y se abre al mundo exterior. Su círculo de amistades en Roma no es tampoco de escritores, como podría esperarse, sino de pintores y escultores, con los que se siente mucho más cómodo y los que parecen entenderle mucho mejor.

La luz y los colores de los paisajes italianos, junto a las joyas artísticas del país, abren sus ojos y le enseñan a observar la realidad. Desde el primer momento, Andersen encuentra aquel mundo «pintoresco», en el sentido de lo que merece ser pintado, y ve en él plasmada la fantasía que antes sólo hallaba en su propio interior.



*Este dibujito hecho a pluma de una capilla bañada de sol en un bosque, muestra el genio pictórico de Andersen. El motivo lo pudo haber sacado de Suiza, el sur de Alemania o de Austria.*

INFORMACIONES DANESAS, COPENHAGUE: MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES, 1975.

Todo le conmueve, desde la arquitectura clásica hasta la humilde carnicería de enfrente de su casa, donde tocinos y longanizas sirven de marco a una imagen de la Virgen María; desde esos pinos que parecen «paraguas abiertos» y esos cipreses que semejan «paraguas cerrados», hasta la grandiosidad del Vesubio en la Italia más meridional que, como más abigarrada, es también la que más le gusta.

En su novela *El improvisador*, que es un producto de este viaje a Italia, Andersen presenta a un pintor danés que expresa el impacto que la realidad italiana produce en el autor mismo: «No lo vas a creer, pero en mi mundo nórdico, donde las calles están tan limpias y tan bien trazadas, he sentido muchas veces nostalgia de la suciedad y el desorden de una ciudad italiana; es algo tan expresivo, justo lo que necesita un pintor».

Éstas son las expresiones que el escritor ha tratado de captar en sus di-

bujos, de un trazo asombrosamente seguro y vivo para un aficionado, como se define a sí mismo. En cierto sentido están adelantados con relación a su época, donde la única pintura de la naturaleza que se concibe es su expresión idealizada. Por eso se dice que más bien habría que buscarle un parecido con Van Gogh, sólo que éste produce su obra medio siglo después.

Tras el viaje a Italia decae el interés de Andersen por el dibujo. La explicación podría verse en que, a través de este arte, el escritor había encontrado por fin la tarea para la que estaba destinado: desentrañar la magia oculta en la realidad sencilla y cotidiana, narrándola en sus cuentos. ■

\* Pilar Lorenzo es profesora de la Universidad de Copenhague y traductora de Hans Christian Andersen.